

LA ALEGRÍA DE REMAR EN AGUAS BRAVÍAS

Un día de aquellos subió él a una barca con los discípulos y les dijo: Vamos a cruzar a la otra orilla del lago. Zarparon, y mientras navegaban, él se quedó dormido. Se precipitó un huracán sobre el lago, la barca se anegaba y peligrosaban. Entonces fueron a despertarlo y le dijeron: “Maestro, que nos hundimos”.

El se despertó e increpó al viento y al oleaje; cesaron y sobrevino la calma. Les dijo: “¿Dónde está vuestra fe?”

Sobrecogidos de estupor se decían. “¿Quién es éste que da órdenes al viento y al agua, y le obedecen?” (Lc 8,22-25)

Creo que somos hoy en día como aquellos discípulos que iban en la barca, un poco zarandeados por la tormenta... asustados... pensando, quizás, que se hundían, o lamentando no haberse quedado en tierra... pero fortalecidos al notar que con ellos, en la barca, iba el Maestro. Hoy en día parece que duerme. Pero está...

Tal vez nuestra mayor tensión es que aspiramos al mar en calma, y nos toca aceptar que las olas sacuden la barca...

¿Somos religiosos alegres o tristes? ¿Qué transmitimos? ¿Qué vivimos? ¿Qué celebramos? ¿Podemos transmitir alegría? Antes de adentrarnos en ese terreno, me gustaría reflexionar muy brevemente sobre dónde radica la verdadera alegría. Porque de otro modo confundimos ser religiosos alegres con ser joviales, risueños, despreocupados, ruidosos o cantarines. Y, si bien todo eso son síntomas de la alegría profunda, sin embargo lo que debemos cuestionarnos es dónde enraizar esa alegría profunda para que pueda brotar lo otro.

LA ALEGRÍA DE SABER QUIÉNES SOMOS

Aquí hay una clave muy fuerte. ¿Puedo contestar con paz, con hondura, y además estando a gusto con la respuesta? Y, en esa respuesta, nuestro ser religiosos es anecdótico o es parte de lo esencial? Es decir, nos pueden definir muchas cosas. Y nos sostienen... Pero alguna de ellas, de las fundamentales, tendrán

que ver con nuestro ser religiosos... ¿Qué da seguridad hoy a las personas?

Nos identifican nuestras raíces... ese es asturiano, esa es andaluza, aquel catalán, esta otra gallega... Rápidamente asumimos algunas cuestiones... aunque no necesariamente sea así.

Nos da sentido (estructura o caos, depende) nuestra familia. Que puede marcar mucho. Pero no cabe duda de que la gente se configura en buena medida en función de lo que va viendo, viviendo, aprendiendo en el hogar.

Hay determinados rasgos, por ejemplo, la etnia, que definen mucho: los gitanos...

Nos dan sentido nuestras profesiones. Ese es médico. Ella juez, este es cura. Aquella...

Nos da sentido nuestro estatus. Es verdad. El dinero, para muchas personas, hace que las gentes se muevan en unos u otros ámbitos. Y no estoy hablando de un clasismo o exclusivismo selectivo y elitista (no necesariamente). Aunque hoy en día, a través de los medios de comunicación, hay muchas referencias comunes, también es cierto que hay muchos aspectos que marcan diferencia, y en muchos casos vienen asociados a situación económica...

También nuestras pertenencias (no lo que poseemos, sino a qué pertenecemos) . Hay gente que es forofa de tal o cual equipo deportivo (y lo hace muy visible); o que es fan de tal o cual artista.

Nos da sentido, en un contexto de pluralismo religioso, aquello en lo que creemos, si es que somos capaces de mostrarlo...

Nos identifica la percepción social de aquello que hacemos. Es decir, inmediatamente, cuando sabemos de alguien que es político, o militar, o policía, o juez, empezamos a rellenar esas etiquetas de contenido.

quiénes somos. Qué sentido tiene nuestra vida en este momento, en esta sociedad, en esta Iglesia... ¿Qué ven otros, y qué vemos nosotros, cuando nos miramos, y decimos, ese es fraile, esa es monja, ese es hermano, etc?

Como religiosos, ¿en dónde ha estado centrada la identidad de la Vida Religiosa? ¿En hábitos, signos externos, etc? Creo que eso, honestamente, es muy secundario. Eso solo sirve (o no sirve) si detrás hay una percepción con sentido de lo que se hace. Pero,

¿hay hoy en día esa percepción de la vida religiosa? ¿Qué es lo que ha habido antes, y qué queda de ello?

Dos eran las fuentes indiscutidas

- En la consideración de una vida consagrada como **una vida más perfecta**, esa idea de los votos como camino de perfección, etc. Esto hoy en día, salvo para algunos, no es así, la gente nos mira y no admira necesariamente la consagración. Le parecerá pintoresca, hasta ejemplar, pero no admirable y mucho menos deseable.
- En la consideración de una misión propia, nos definía la vida apostólica, a los activos, o la vida de oración a los contemplativos... Esto aún permanece, pero, al menos en la VR apostólica, menos... es decir, hoy mucha gente trabaja socialmente, mucha gente se dedica a la educación, a la salud, a los “servicios sociales”... Es verdad que de maneras diferentes. En ese sentido, puede seguir siendo básica la misión, pero también es cierto que con matices...
- Y, junto a esto, una tercera fuente, más indirecta o particular, el carisma propio de cada congregación, las diversas espiritualidades, la especificidad

¿Qué nos puede ayudar hoy a encontrar y mostrar la luz, la chispa, los motivos, la pasión por lo que hacemos?

¿ESTAMOS PERDIENDO EL RUMBO?

Los cambios enormes que trajo el CVII desencadenaron, especialmente en la VR, una transformación enorme de posibilidades y estructuras. Hay quien habla de abusos, quien habla de excesos. Y tantas transformaciones hay quien las ve como el principio del fin, y propone, más o menos veladamente, una vuelta al redil, un paso atrás, En fin, es cierto que vivimos en tiempos de tormenta (y esa tormenta define nuestra identidad actual, pero no excluye la alegría). Una tormenta con rayos, truenos, viento y olas...

El rayo. La primera crisis tiene que ver con Dios. Se nos aleja el que nos daba más referencias...

Y Dios, ¿dónde está ¿Qué problemas plantea Dios en la cultura contemporánea?

Lo primero, que hay una cierta dificultad para la trascendencia. O, en todo caso, la trascendencia está muy desdibujada. Hay poca formación teológica, y poco sentido basado en una cosmovisión religiosa. (Y cada vez va a ir habiendo más mezcolanza, pues hoy en día los imaginarios infantiles y juveniles están poblados por vampiros, magos, superhéroes, pero no por personajes de la iconografía cristiana). Sobre Dios hay mucha ignorancia. Y esto se ve, por ejemplo, en la falta de argumentos para defenderse de cuestionamientos que a menudo son burdos y serían fácilmente desmontables (aunque en eso también entramos en la tendencia española a la discusión de gallinero)

Es una apertura a la trascendencia muy sensorial (y eso es un problema cuando nuestra tradición es mucho más racional). La riqueza es acoger otros caminos (el sentimiento y dentro de ello la experiencia estética serían los caminos más destacados –y ahí por ejemplo encaja la enorme importancia de lo visual, lo gráfico, la música y la imagen en muchas de las sensibilidades actuales). La pobreza es que para nosotros el sentimiento no tiene la carga, densidad y solidez de otras tradiciones (y pienso aquí en todo el mundo oriental), por lo que, sin la apertura intelectual, algo falla mucho (y lo intelectual está de capa caída)

La insuficiencia para la oración. “Triunfa” la meditación, el yoga, el tai-chi, las músicas new-age, el incienso, las velas, la relajación y los masajes. Pero todo ello pensando más bien en un viaje al interior de uno mismo que en rezar. Y es que hay un salto (de fe) que es muy difícil de dar hoy.

La dificultad para la inmanencia. El discurso sobre Dios en el mundo es muy simple. Termina reduciéndose a “Ver a Dios en el otro”, o a vagas y políticamente correctas alusiones al espíritu, lo trascendente o “lo divino”. Pero eso, con toda la profundidad que tiene –y ojalá lo viviésemos- es en este momento casi otro eslogan más (como el abuso de palabras sobre el amor y otras cosas). En el fondo “Ver a Dios en el otro” es bastante más que intuir que el

espíritu de Dios late en cada ser humano. Repito. Bastaría. Pero el problema es que hay otras muchas categorías que no somos hoy capaces de traducir de una manera suficientemente intuitiva como para relacionarse con la experiencia de las personas... En concreto, y por poner algunos ejemplos: pecado, salvación, cruz, lógica pascual. Esto es importante porque, si en otros momentos hubo un exceso de inmanencia (y entonces parecía que todo lo que había que hacer era trabajar...) hoy quizás lo que hay es una separación radical de planos.

Esto plantea dificultades para la solidez en la VR. Muchos de los jóvenes que llegan a planteamientos religiosos lo hacen desde esos acercamientos con poco trasfondo teológico. Es una adhesión emocional importante y necesaria, pero insuficiente, y que necesita dar el salto de la fe; que necesita hacer la opción intelectual –que no se trata de grandes estudios ni formaciones (aunque no está mal pensar un poco las cosas y darse herramientas para ello); y que necesita una formación en el mundo de la teología para ello. ¡¡¡Hay que leer!!!

Al tiempo, lo relacionado con la pérdida de la inmanencia supone que Dios queda muy fuera del cotidiano (eso se nota mucho en algunas nuevas generaciones de religiosos/as y seminaristas especialmente piadosos, pero en quienes a veces echas de menos un poquito de mordiente sobre otras cuestiones más encarnadas).

Pero también plantea un rasgo de identidad sólida. SOMOS BUSCADORES DE DIOS. Como los exploradores de antaño. Gente que busca, sabiendo que no siempre alcanzaremos... Esto lo cambia todo. Entre otras cosas porque no es que lo tengamos... es que consagramos nuestra vida a buscarlo, conscientes, como otros, de no tenerlo...

El trueno, en esta tormenta, es la falta de aprecio social... No nos entienden, y si me apuras, no nos quieren. Tres rasgos:

INDIFERENCIA HACIA LO RELIGIOSO, que a menudo deriva en **BELIGERANCIA**. ¿Qué importa hoy? Ciertamente, no importan demasiado las cosas de Dios. Y matizo. Importa, pero es lo eclesial desde una perspectiva polémica, polemizadora, con el toque

grueso que suelen tener hoy en día las discusiones y asuntos en cuestión religiosa. Resulta que por diversos motivos –algunos propios, otros ajenos - hay una cierta belicosidad contra la religión (hoy en día no únicamente contra la Iglesia, sino contra la idea de Dios, una proclama explícita –y poco fundamentada, pero real, y a veces más práctica que teórica, del ateísmo. “Dios probablemente no existe, así que disfruta la vida” (Dawkins)

IGNORANCIA básica en cuestiones de fe, sustituida por el prejuicio. En realidad funcionan estereotipos. Hasta el punto de que la experiencia mediática de las personas es mucho más influyente que su experiencia real (por ejemplo, de gentes de Iglesia). Y si vamos a la experiencia mediática, en general el tratamiento de los asuntos y personajes religiosos es atroz (ridiculizados tirando a cerriles, o torpes... o bien personajes muy destacados y con un tinte polémico. Junto a esto, se dice que decimos ciertas cosas que ya hace años nadie –o muy poca gente- dice.

Esta ignorancia tiene además otro elemento importante, y es la falta de formación (básica en muchas cuestiones). Hoy en día, fuera de una ligera especialización (cuando se da) en aquello en lo que la gente trabaja, tiende a haber muy poca inquietud por leer, pensar, formarse... En cuestiones religiosas también (o quizás especialmente).

Todo esto suele degenerar en dos síndromes.

El síndrome del seleccionador nacional. (aquí todo el mundo sabe de todo, también de religión. Todo el mundo opina de todo, también de los religiosos, de las monjas, de los curas, del celibato, del dinero de la Iglesia...)

El síndrome del tertuliano. Los argumentos, gruesos y con gritos. No importa el contenido. Lo importante es epatar.

INSIGNIFICANCIA Consecuencia de lo anterior es la insignificancia, en el sentido de la falta de significados de nuestra vida. En el campo de la pastoral con jóvenes, o viviendo en un colegio Mayor, lo ves muy claramente. La gente percibe como muy lejano, muy distinto, muy ajeno lo que cualquiera de nuestras opciones representan.

Pues bien, de nuevo tenemos aquí una fuente de identidad, y en consecuencia de alegría. En esta sociedad que no nos entiende, nos ignora o para la que no significamos nada, tenemos que ser

apóstoles. Testigos que encontremos la forma de contar algo que, cada vez más, va a ser nuevo.

El viento que nos zarandea. No nos sentimos bien ubicados en la Iglesia. Una Iglesia en la que hay mucha sospecha de todo aquello que suene a carisma. En una época de fuerte insistencia en una fidelidad monolítica. Cuando el conflicto se percibe como algo nefasto...En una época en la que parece que todo ha de pasar por parroquias y diócesis, y entre los laicos y los curas no parece que tengamos demasiado encaje los religiosos y religiosas. Cuando nos podemos sentir en una tierra de nadie en la que no es cómodo estar...

De nuevo aquí tenemos una identidad distinta. Tenemos que ser los que seamos capaces de **tender puentes**. Precisamente porque en nuestras propias congregaciones hay de todo. Tenemos que ser los que seamos capaces de discutir sin reñir, protestar sin dogmatizar, criticar sin machacar, pero hablar sin callar, por tantas cosas que necesitan ser dichas...

Las olas. La dificultad para identidades personales sólidas. Hoy vivimos en una cultura que nos exalta, nos invita, nos anima a tenerlo todo, a probarlo todo, a desearlo todo. Nos bombardea con la promesa de todas las vidas. Amenaza nuestras certidumbres y nuestras apuestas. Es difícil vivirse uno primero y fundamentalmente como religioso. En una búsqueda constante de ser...

La insatisfacción vital, cuando uno constantemente está aspirando a algo nuevo, necesitando elegir, cambiar, renovar, sin tener apenas tiempo para avanzar.

La inseguridad o la falsa seguridad cuando no hay profundidad o cuando la profundidad está amenazada por la superficie. En el fondo, las tiranías asociadas a la imagen revelan infinidad de procesos distintos, pero suelen ser un indicador de una pérdida notable de perspectiva, y de una necesidad de valoración o aprecio distorsionada

La prohibición de estar mal. Asociada a la tiranía de la felicidad como un estar bien por encima de cualquier cosa. Se termina convirtiendo en una carga añadida cuando la vida se vuelve un poco más cuesta arriba. En parte, eso se debe al peso inflado del presente. Si el ahora se come todo lo demás, entonces no es de

extrañar que cuando el ahora es sombrío ahogue un poco todo lo demás. Entonces uno no vive “historia” o etapas, sino momentos con un punto de desconexión que termina siendo imposible.

Aquí tenemos otra misión. Mostrar una forma de ser persona que pasa por aceptar la limitación, la tensión entre compromiso y renuncia y la aceptación de una alegría que es compatible con las lágrimas, o de una felicidad que no es la burbuja chispeante que, cuando se difumina, deja solo vacío. En ese sentido, hoy en día religioso es el hombre o la mujer dispuesto a **gastar su vida en una misión (no derrocharla, pero no racanearla).** Y gastarla implica gastarla, gastarse...

(Recapitulemos. Hasta aquí, entonces, tenemos ya cuatro rasgos de identidad de la VR hoy, que pueden darnos sentido –y en consecuencia, alegría auténtica, . Buscadores de Dios, Apóstoles, pontífices (tendedores de puentes), gastadores de vida...

Pero, honestamente, creo que lo más delicado hoy en día es nuestra propia crisis de vida religiosa. LA BARCA TAMBIEN TIENE SUS PARCHES; SUS GRIETAS, y HACE AGUA... Y es importante mirar a ello...

Hay algunas tensiones que estamos enfrentando y que son reales. Y hay que reconocerlas, y ser conscientes de que están generando alguna que otra dificultad... Hay tres grandes cuestiones que me parece que es necesario replantear. Y en estas no podemos ni debemos echar balones fuera, culpar a otros, a la sociedad, a otros grupos en esta Iglesia nuestra, ni a los tiempos que nos toca vivir. ¿Cuáles son esas cuestiones?

La cuestión jerárquica.

La **obediencia** en la era de la autonomía.

Creo que se habla mucho de que hoy la gente no obedece, que los súbditos puentean a los superiores para hablar directamente con los provinciales, etc. Hay una insistencia, cuando se viene a hablar de la obediencia, de recuperar la obediencia, etc. en que recuperemos ese espíritu de

disponibilidad, se cita a nuestros fundadores, otras épocas, etc. Pero creo que no podemos obviar dos cosas:

Una, la mayoría de nuestros fundadores y fundadoras vivieron en un contexto vertical y jerárquico en todo. Y como el contexto ha cambiado, creo que ha de cambiar también la formulación. Por no poder creo que ni siquiera podemos absolutizar la obediencia, por más que sea definitoria de la vida religiosa. El reto sigue siendo el mismo. Buscar y hallar la voluntad de Dios. La disposición puede ser la misma (como parte de un cuerpo), pero hoy en día lo del bastón de ciego es quizás mucho pedir...

Y en ese sentido brotan una serie de cuestiones. En concreto, dos:

La confusión sobre el individualismo y su excesiva demonización (no se puede atacar el individualismo como un demonio, sin matices)

¿Es compatible la obediencia con más democracia interna?
¿Cómo habilitar cauces para un diálogo fecundo, apostólico, frecuente? (¿mitificación de la cuenta de conciencia? Problemas que plantea, cuando el superior llega una vez al año y normalmente con las cuestiones medio pensadas) (no es una cuestión de quién tiene “la última palabra”, sino de palabras intermedias

Otro rasgo de identidad para una nueva VR entonces será el ser una vida en una tensión entre el individuo y el grupo. Ni anular al individuo ni exaltarlo. Somos **comunidad**, y esto no quiere decir gente que vive junta, sino sobre todo gente que comparte un proyecto

La cuestión demográfica.

Retos en una VR envejecida

Es evidente que, en nuestro país, vivimos una situación bien particular. Cosas que pasan. A veces estamos más para pensar en la gestión de la enfermedad en la vejez que para pensar en la misión. Los cambios parece que “esto ya os va a tocar a los jóvenes”

Es inevitable. Es lógico. Ocurre. Pero también es un problema. El problema no es la demografía en sí. Eso es lo que hay, y

tendremos que aprender a hacer la transición de una VR de grandes números, propia de las décadas de la posguerra, a una VR más mínima. El problema es que, al menos en el *ínterin* esto genera toda una serie de cuestiones. Algunas, problemáticas. Otras, tanteos. Pero en todo caso algo que forma parte de la vida...

- *Ritmos comunitarios muy marcados por dinámicas “otoñales”*. El miedo a las “concentraciones” de jóvenes como que supusiese crear vidas de dos ritmos (tiene peligros, pero también posibilidades, y quizás un punto de necesidad). La opción de algunas congregaciones religiosas femeninas de repartirse a las jóvenes termina generando una sangría vocacional terrible.
- *El peligro que tenemos los jóvenes de hacer gueto*. Eso es real, y sería la otra cara de lo anterior.
- *La consideración de los “jóvenes” en la VR como eternamente jóvenes* (muchacho, etc). Y la sensación de que la verdadera responsabilidad ha de recaer en manos veteranas (con un cierto peligro de derivar hacia la gerontocracia, si me perdonáis la expresión). Una cuestión importante. No deberíamos caer, por la situación demográfica, en perder la perspectiva real. Hoy en día alguien de cuarenta años, en el mundo de fuera, es un adulto muy adulto... Y en la VR, pues ojalá también.
- *La necesaria delicadeza con que hay que hablar de dos velocidades: una apostólica y otra más invernal*. Evidentemente, puede herir, da miedo, existen muchos peligros en ese camino, pero es importante no tener miedo a hablar entre nosotros y tratar de entender lo que podemos sentir unos y otros sobre esta cuestión.

Estamos en transición a una VR mínima en números. La pregunta es, durante la transición, ¿Qué se va a hacer con “los jóvenes”?

Y aquí la identidad nos la jugamos en cómo planteemos las cosas... ¿Va a hablar el invierno o los **brotos verdes**? Honestamente, creo que

hacer hoy el salto generacional es uno de los grandes retos que tiene la VR...

La cuestión institucional.

El peso de “lo de siempre”

La gestión interna

La tensión entre carisma e institución

Evidentemente, lo puramente carismático se agota pronto. Y, por otra parte, lo institucional corre el riesgo de anquilosarse si no evoluciona. La VR creo que ha de ser capaz de una flexibilidad enorme. Ahí radican muchas de nuestras búsquedas en este momento.

- ¿Debemos abandonar algunas instituciones? ¿Cuáles?
- ¿Tenemos que aprender a quedarnos en ellas de otro modo?
- ¿Cómo hacer para seguir inspirando allá donde no estamos?

Todo esto es cierto, pero con algunos principios de realismo.

Si tratamos de cubrir todos los huecos, posiblemente acabemos fracasando. Las grandes opciones maximalistas (“abandonemos los colegios”, etc) suelen ser un desastre. Hay que hacer una tarea (real) de redimensión...

Y en este punto yo aludiría a los principios ignacianos de selección de ministerios siguen siendo tremendamente vigentes (la mayor necesidad, universalidad, etc)

Dicho esto, creo que necesariamente nos toca entender y aceptar que las próximas décadas van a ser para nosotros de gestión de una transición institucional (y habrá que ir dando pasos, porque de otro modo vamos a acabar perdiendo el margen de tiempo que tenemos). En ese sentido esta es una VR en transición... (como esta es una Iglesia en transición)

¿POR QUÉ SEGUIR? ¿A DÓNDE VAMOS? ¿CON ESTOS BUEYES SE PUEDE ARAR?

Como vemos, la barca está averiadilla, y zarandeada. Pero, con todo, se alza la voz del que dice... “No tengáis miedo, ¿no veis que yo voy con vosotros? Es cierto... El viaje sigue teniendo sentido. Sigue siendo valioso. Es bueno que haya alguien en esta barca, pasando de una orilla a otra, llegando a la gente, compartiendo con el Señor las noches de tormenta y los amaneceres tranquilos. ¿Por qué? Porque con ello se da un testimonio significativo. Partiendo de una afirmación muy necesaria: La fuerza se realiza en la debilidad. Es posible que haya habido tiempos en que la vida religiosa era fuerte, poderosa, prestigiosa... Esa era su oportunidad y su tentación. Hoy en día la VR está, como hemos visto, gastada. Y ahí están sus pies de barro... pero ahí está su oportunidad de vivir con hondura la paradoja paulina de la fuerza que se realiza en la debilidad.

Nuestra debilidad ha de ser ambiciosa

Nuestra fortaleza ha de ser humilde.

Y, con los pies de barro y el corazón de fuego, podremos anunciar...

Claves de la vida religiosa...

- Somos CREYENTES. La vida religiosa como **apuesta radical por la FE** (el salto al vacío sin red). La constatación de la “voluntad” de creer. *RIESGO*. Pero es la decisión de arriesgar de verdad, de tomarlo en serio, de lanzarnos... Y la opción porque nuestra vida esté referida al Dios de Jesucristo. Sentir que nuestra vida apunta a Alguien distinto de nosotros mismos. Y la posibilidad de una cosmovisión cristiana...
- Somos VULNERABLES. La vida religiosa apostólica como **DISPOSICION A LA INTEMPERIE** Porque hoy vamos a encontrarnos cuestionados, preguntados, mirados con recelo, y tenemos que estar dispuestos a no enclaustrarnos detrás de muros que den seguridad.
- Somos personas CAPACES DE AMAR. La vida religiosa como opción por la **AMISTAD**... (En la barca no vamos solos) Una amistad con distintos grados, pero real. Y en muchos casos afectiva, en un mundo de lazos frágiles... La expresión de **un amor que es al tiempo exclusivo** (consagrado), pero por lo mismo inclusivo (entendiendo el

voto de castidad no como un voto de soltería, sino de apertura) Y un amor capaz de buscar ser libre...

- La **vida religiosa como vida de SERVICIO**. (vamos a algún sitio) Entendiendo este servicio en varias claves:
 - Apertura y disponibilidad al prójimo
 - Búsqueda de utilidad
 - Ser espacio de encuentro , voz en tierra de nadie, puente entre los distintos, aceptando la ambigüedad de muchas situaciones...
 - Para seguir haciendo aquello que hacían los primeros apóstoles: curar enfermos, educar al pueblo y anunciar la resurrección de los muertos por el poder de Jesucristo

- **La vida religiosa como vida LIMITADA**. Una historia, con hondura pero con aceptación y búsqueda de...
 - La **radicalidad** (en un mundo líquido en el que todo parece inconstante, volátil, frágil)
 - El **para siempre** en un mundo del instante
 - El **compromiso** en un mundo egocentrado (alteridad)
 - La **capacidad de elegir** (y en consecuencia renunciar) en un mundo que sueña con tenerlo todo...
 - La **tensión entre lo personal y lo colectivo** (sin totalitarismos individualistas ni totalitarismos comunitarios)
 - La conciencia de que toda la vida vamos a ser buscadores de un amor que creemos increíble, pero sabiendo que a menudo se nos va a escapar, que no lo sabremos vivir...

Al final, volvemos a la barca... Y sabemos que no vamos solos, que vamos con Jesús, que es nuestra fortaleza, y con nuestros hermanos y hermanas de camino. Y por eso, solo podemos, a pesar del viento y las olas, a pesar del miedo y la zozobra, a pesar de la niebla y el frío, sonreír, confiados, porque nuestra vida tiene sentido.